2254.308

1

THE TRUSTEES OF THE PUBLIC LIBRARY OF THE CITY OF BOSTON 1852 - 1878

LUX OMNIUM CIVIUM

RB D.L916.A10C

Boston Public Library

ok or mark it with pen or
e imposed by
f Mas
er

Spell

NUESTROS COLABORADORES

Alfonso Cravioto
Efrén Rebolledo
Pedro Henríquez Ureña
Rafael Cabrera
Antonio Caso
Condesa de Pardo Bazán
Enrique José Varona
Andrés González Blanco
Julio Cejador y Frauca
José García Monge
Luis González Obregón
Manuel M. Ponce
Francisco González Guerrero
Jorge Enciso
Saturnino Herrán
Antonio Cortés
Carlos González Peña
Manuel Tousaint
Antonio Castro Leal
Carlos Pellicer.

CVLTVRA

4

2259.308

ENRIQUE JOSE VARONA

ESCRITOS

PROLOGO
DE
ANTONIO CASO

TOMO II MEXICO NVM 5

CULTURA

Asegurada la propiedad literaria de la selección.
Registrada como artículo de 2ª clase.

Cuadernos quincenales destinados a la divulgación de la buena literatura. Selecciones de los mejores autores.

El próximo número contendrá una selección de las poesías de *Guillermo Valencia*, con un estudio de Manuel Toussaint. Con este número termina el segundo volumen.

En preparación:

«Peter Pan» de James M. Barrie.
El Cantar de los Cantares.
Guillermo Prieto.
D'Annuncio.
Justo Sierra.
"Salomé" de Oscar Wilde.
Lugones.
D. Juan Ruiz de Alarcón.
Cuentos de Perrault.

PRECIO:

En toda la República: $0.25 oro nacional.
En el extranjero: 0.15 oro.

Subscripciones: { Por 3 meses 1.30 oro nacional
„ 6 „ 2.50 „ „ } (sólo en la Capital).

Todos los pedidos y subscripciones solicítense a "*Cultura.*" *Apartado postal 4527.*

AGENTES GENERALES:

Administrador: Rodolfo Rojas, Apartado 4527.

Porrúa Hnos. Esquina Reloj y Donceles.

México, D. F.

La correspondencia diríjase al

APARTADO POSTAL 4527.—MÉXICO, D. F.

CVLTVRA

SELECCION DE BVENOS AVTORES

ANTIGVOS Y MODERNOS

DIRECTORES
AGVSTIN LOERA Y CHAVEZ
JVLIO TORRI

ENRIQUE JOSE VARONA

ESCRITOS

SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA
ESTADOS UNIDOS MEXICANOS
BIBLIOTECAS POPULARES

PRÓLOGO DE
ANTONIO CASO

TOMO II MEXICO NVM 5

Dec. 22, 1930
3

Enero 15 de 1917.

«IMPRENTA VICTORIA» .4ª VICTORIA 92.

PRELIMINAR.

"En otros tiempos lo difícil era dar con un libro; hoy lo difícil es verse uno libre de los libros. Quiero decir de los libros mediocres, de los libros insustanciales. Ha sido necesario alzar postes indicadores y regimentar brigadas de salvamento. Los postes, como en las playas de baños, dicen con letras gruesas: peligro. Entiéndase: peligro de himnotizarse o de idiotizarse. Las brigadas están compuestas de la utilísima clase de los críticos literarios, destinada a paladear los alimentos mentales para declarar si son alibles, y a veces hasta peptonizarlos, para facilitar la digestión."

Las palabras anteriores son de don Enrique José Varona, el autor de los artículos de esta selección, un pensador literario, ensayis-

Obsequio de la Secretaría de
Educación Pública

ta ingenioso, político también y gobernante, que lleva al desempeño de su cometido social el criterio de ponderación y claridad del hombre que medita. Don Enrique José Varona es, sobre todo, un moralista dispuesto a discutir siempre sus contactos con la injusticia.

Los prólogos y *preliminares significan actos de cortesía, presentaciones por escrito, al frente de los libros. Mi buena fortuna me ha puesto en el caso de decir a los lectores mexicanos quién es el amable psicólogo cubano. Desearía yo poseer la exquisita y tradicional urbanidad de los escritores franceses para redactar unas líneas breves y perfectas en las que, como en los prólogos de libros escritos por individuos de esa nación, cupieran el mejor elogio de la labor de Varona y el incentivo discreto que artísticamente insinúa la lectura de lo que después de los prólogos consta. Pero no soy francés, sino hispano-americano, y quizás esto valga más para apreciar, si no con discreción absoluta, al menos con predilección, el esfuerzo intelectual del escritor antillano.*

No os haré su biógrafía, que ignoro, ni

clasificaré su pensamiento psicológico en alguna de las divisiones o subdivisiones del cuadro abstracto de los sistemas contemporáneos, ni dispondré sus ideas metódicamente y en compendio de económica percepción sintética. No. Quede para diversa oportuuidad tal labor. "En otros tiempos lo difícil era dar con un libro.....;" sí, y en éstos lo mismo; mas, he aquí uno gallardo y sutil; libro de meditación sobre la vida, de acentuación perspicaz de la vida.

El moralista es, puntualmente, un observador imparcial de la existencia, no un impertinente consejero. Lo difícil es fundar la moral, decía Schopenhauer, predicarla es sencillo. Verdad; pero vivirla es todavía más difícil que fundarla; y los moralistas como Varona ayudan a vivirla, porque descubren—y *esto me parece ser el mayor elogio que puede tributárseles,—que el mal no sólo es malo, sino estúpido y feo,* y *nos apartan instintivamente de su comercio.*

La vida moral del hombre es la suprema obra de arte. Varona lo sabe y *nos impele a su realización empleando en contra de los ma-*

los aquel instante de fina y fácil ironía que tuvo Sócrates para oponerlo a los disputadores que corrompían a Atenas.

Como verdadero y castizo moralista, parte de sí mismo, dibuja la propia espiral de sus transformaciones mentales *y, en razón de que todo cuanto se sabe bien de la propia persona es conocimiento indirecto del alma humana, logra conocer a los demás por intuición de diestro jugador intelectual, por fina carambola filosófica; sobre todo cuando pone en el estudio de su individualidad el titubeo y el aliento combinados del investigador desinteresado, al perfilar, por ejemplo, la silueta enjuta y antipática del* Padre Juanín. *Varona, en estos artículos, es un especialista en especialidades psicológicas, a diferencia del filósofo que definió ambiciosamente su ciencia como* especialidad en generalidades. *Por eso es tan interesante y oportuno. Así procedió siempre aquel humanísimo escéptico Michel de Montaigne, autor de un libro de incalculable trascendencia.*

Además, es un gentleman, *su asidua lectura de libros ingleses, su cultura matiza-*

da, diversa, ondulante, *lo lleva a darnos sin amargura, trágica, pero con sincera emoción, su repugnancia hacia el mal y la estulticia, pero nos la ofrece sin gesticular demasiado, sin aspavientos ni contorsiones inaceptables, como un* gentleman.

Leed sus breves notas efímeras. El autor jamás declama. Su estilo debería "prescribirse" a los nerviosos escritores latino americanos, que no han logrado, sino por excepción, el secreto de la prosa genuina, de la prosa europea; su sonrisa, como la de Voltaire, llega a veces hasta la risa, pero como dijo Hugo de la del autor de Cándido, *la tristeza filosófica logra templarla. Me parece un pensamiento exacto el de incluír a Varona en el número de escritores americanos que populariza* "Cultura".

ANTONIO CASO.

ENRIQUE JOSE VARONA.

SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA
ESTADOS UNIDOS MEXICANOS
BIBLIOTECAS PARTICULARES

EL ARTE DEL RECLAMO [1]

En otros tiempos lo difícil era dar con un libro; hoy lo difícil es verse uno libre de los libros. Quiero decir, de los libros mediocres, de los libros insustanciales. Ha sido necesario alzar postes indicadores y regimentar brigadas de salvamento. Los postes, como en las playas de baños, dicen con letras gruesas: peligro. Entiéndase: peligro de hipnotizarse o de idiotizarse. Las brigadas están compuestas de la utilísima clase de los críticos literarios, destinada a paladear los alimentos mentales, para declarar si son alibles, y a veces hasta a peptonizarlos, para facilitar su digestión.

Por desgracia, los editores necesitan dar salida a su mercancía, y han contraminado esas obras de defensa. También levantan sus postes con letreros mentirosos, y alistan sus regimien-

---

1 La presente selección fué hecha galantemente por el mismo autor. N. de los Directores.

tos de críticos de manga ancha, que expiden certificados de excelencia y hasta de sublimidad a cualquier chapucería. Porque lo que ellos dicen, encarándose para sus adentros con el lector: ¿Quién te manda ser tonto, y no catar y calar por tí mismo lo que vas a consumir? La más ingeniosa forma que revisten esos artificios de los editores es el reclamo de librería. Dije forma, cuando debiera haber dicho formas, envolviendo en ese plural el máximum de pluralidad. Las formas del reclamo se van haciendo infinitas. Anuncios, circulares, artículos, polémicas, noticias de prohibiciones y persecuciones, pasquines, caricaturas....

El reclamo ha llegado a gastar tanta agudeza e inventiva, como podría necesitarse para producir obras excelentes. Algunos contienen rasgos que casi, casi son de genio. Acabo de leer una circular de cierta librería francesa, donde he encontrado una verdadera perla negra. No he visto nada más exquisito, para ver de atrapar al lector cándido e inocentemente vanidoso. Es un modelo, y, como tal merece citarse.

Anuncia una novela reciente, y después de trasladar varios párrafos de críticas, algunas benévolas, casi todas desfavorables, añade en el tono más persuasivo:

"No dudamos que estos elogios y estas críticas despertarán en usted, señor, el deseo de conocer este libro. No ha sido escrito para la turba, sino

para los escogidos (élite); y, *por consiguiente*, tiene carta de ciudadanía (*droit de cité*) en su biblioteca de usted. Si es verdad que en el siglo pasado "dos o tres personas en todo el reino decidían de la suerte de las obras literarias," "la situación no ha cambiado mucho desde entonces."

¿Cómo resistir a la tentación de reconocernos, en nuestro fuero interno, como uno de esos dos o tres jueces supremos del buen gusto? O por lo menos de probar que pertenecemos a esos pocos, a esos felices pocos, *happy few*, para quienes fué escrito el admirable libro?

Otra manera, que fué original, de aporrear el gong del reclamo, en loor hasta de autores que para nada necesitan tanto ruido, ha sido el de los retratos en trajes exóticos. Hemos tenido a Pierre Loti en traje de pescador islándico, de japonés, y ahora anda por el mundo su *vera effigies* trasmutada nada menos que en Osiris. Al venerable Tolstoi lo hemos visto reiteradas veces descalzo de pié y pierna y con blusa de mujik, ya arando, ya sembrando. Nos faltaba verlo pescando, y el famoso pintor Bounin no ha querido privar de ese regalo a la posteridad. En una gran tela, que se exhibe actualmente en San Petersburgo, aparece el insigne novelista retirando del agua una espaciosa red.

Por cierto que a su derecha, recogiendo el pescado que aletea entre las mallas, se muestra, muy bien calzado de amplias botas, Máximo Gor-

ki, el aplaudido jefe de la nueva escuela de noveladores rusos.

Como vivimos en tiempos de simbolismo, esta pintura me ha dado en qué pensar. Veo a Tolstoi, chapoteando en el agua, desnudas las piernas y con las mangas de la blusa remangadas sobre el codo, tirando con la diestra de la red y con la izquierda vacía. Y junto a él veo a Gorki, bien abrigado, apuesto, con la presa en la mano. ¿Ha querido el artista darnos meramente los retratos de dos autores célebres, continuador el uno y en más de un concepto opositor del otro; ha tratado de simbolizar un profundo contraste entre la tendencia y la manera de ambos; o ha procurado contribuir a la gloria del epígono con un hábil reclamo?

Quede la resolución de este profundo problema a los futuros historiadores de la literatura rusa.

En cuanto a mí, la vista de los dos famosos escritores, tan cerca el uno del otro, lo que me ha sugerido es el recuerdo de la última obra de Gorki y la comprobación de su aparente parecido con otra de Tolstoi. Me refiero a una pieza dramática, representada no ha mucho en Moscow, con el título de *En lo más hondo*, que comienza ya a circular traducida a los idiomas occidentales. La obra no deja de recordar la terrible tragedia de Tolstoi, *El poder de las tinieblas*, y en

la misma Rusia se la ha llamado imitación de ésta. Es mirar muy por encima.

Ambas son dos fotografías de las clases inferiores del pueblo ruso; pero no tienen de común sino el ser fotografías. Gorki ha paseado su kodak por capas todavía más bajas que Tolstoi, por ese último fondo a donde van todos los resíduos de la descomposición del cuerpo social; y como su ilustre predecesor deja una visión de espanto en la retina del lector. Pero no intenta más, ni logra más. Ningún soplo de humanidad crea esas dolorosas escenas. El drama de Tolstoi está todo penetrado de humanidad. Estas obras, al parecer semejantes, están en los polos opuestos de la concepción del arte.

Volviendo al principio, quizás preguntará el lector si tiene algo que ver una obra dramática de Gorki con el arte del reclamo. Tiene que ver; porque según un emigrado ruso, muy conocedor de su país y de su literatura, Gorki y sus discípulos son maestros en ese arte. Aquí está el hilo que me llevó del reclamo al cuadro de Bounin, y de éste a los dramas de Gorki y Tolstoi.

Sentiré que parezca un hilo demasiado frágil.

EL AMOR TARDÍO.

Dos autores cubanos, dos jóvenes autores, han escrito hace poco una obra dramática sobre un tema muy viejo, en la vida y en la ficción.

Han estudiado y presentado un caso de lo que ellos llaman, con mucho tino, el amor tardío. Este me parece una de las dos variantes que puede ofrecer la pasión erótica, cuando se extiende más allá de sus naturales límites. Porque puede ser un primer fruto retrasado o la continuación excesiva de una fructificación prolongada.

Desde luego esta segunda forma es la más corriente, sin que por eso deje de ser eminentemente dramática.

En la estupenda producción novelesca del pasado siglo, y precisamente en su primer gran período, dos de sus más insignes representantes, Thackeray y Balzac, han dibujado con mano singularmente firme dos figuras características de ese estado afectivo. Lord Steyne, en *Vanity Fair*, y el barón Hulot, en *La Coussine Bette*, cada uno

en su cuadro propio, tal como lo ofrecían entonces dos sociedades tan diversas, y como podían reproducirlos dos visiones tan distintas de la vida circunstante, son croquis reveladores de una terrible dolencia humana.

En nuestros días otros dos grandes maestros en el mundo de la fábula, dentro del cuadro mucho más restringido del teatro moderno, han presentado otros tipos diversos, mejor acomodados a estos tiempos. Lavedan ha evocado la figura del don Juan actual, pero no como el legendario, ni como aparece en la inmortal caricatura de Byron, en el fervor desvariado de la mocedad, sino en edad provecta. Al iniciarse la trama de la comedia a que da nombre, el marqués de Priola introduce en la escena, y en la vida social a un hijo, mancebo ya formado. Porto-Riche ha disecado el alma de un antiguo *homme á femmes*, rival afortunado, sin darse cuenta, de su propio hijo; hombre que se cree domeñado por la vida del trabajo, y que una ocasión se precipita en el viejo cauce, que esa vez acarrea sangre. Precisamente el interés palpitante de *Le vieil homme* se desprende del contraste, al cabo trágico, entre la fatuidad del profesional machucho y el desvarío candoroso del adolescente.

Pero el caso excepcional, aunque no por eso menos dentro de la realidad, es el que nos pintan con tino singular los autores cubanos.

En las viejas civilizaciones no aparece como

cosa insólita la unión de un viejo y una joven. Victor Hugo, a quien parecen salir al encuentro todos los problemas, presenta un ejemplo típico en uno de los primeros cuadros de «La légende des siècles», *Booz endormi.* Más todavía, aunque ya se aproxima, éste no es el caso del amor tardío; puede considerarse lo que llaman los naturalistas un tipo de transición.

Donde se nos muestra plenamente es en la obra que cierra la famosa serie de los Rougon-Macquart *Le docteur Pascal.* Esta contiene el dato inicial, del drama de los señores Insúa y Catá. El doctor ha llegado a los sesenta años, tan absorbido por sus estudios, investigaciones y experiencias, que no ha podido germinar en su alma el sentimiento amoroso. Mejor dicho, sí ha ido germinado lentamente, pero sin hacerse perceptible; hasta que se le revela, en súbita explosión, ante el temor de que el matrimonio arranque de su lado a su sobrina Clotilde. Obra desigual, como casi todas las del célebre novelista, estudia, sin embargo, con lucidez la incubación en el anciano del estado pasional que describe. Donde flaquea, a mis ojos, es en el carácter de Clotilde, no llevada hacia el tío ya viejo por matices de sentimiento que fácilmente pueden existir, como la gratitud por sus beneficios, la admiración por su saber y filantropía, sino arrastrada por amor ardiente, que se revela sobre todo en la preferen-

cia que la arroja en brazos del doctor, desoyendo las solicitaciones de su joven colega.

En este punto capital, nuestros autores han seguido más de cerca las enseñanzas de la naturaleza. Su Clotilde, esto es su Isolina, no está enamorada de su tío el doctor Juan Antonio; lo quiere, lo respeta, lo admira, le está hondamente agradecida porque les ha dado a ella y a su madre calor, ante la frialdad egoísta de sus deudos, y abrigo, cuando todos las miraban por sobre el hombro. Su afición apenas sospechada, si está sospechada, va hacia el primo mancebo, casi de su edad. Isolina, sobre todo en el primer acto, resulta un tipo lleno de vida, sorprendido en el gran laboratorio del mundo social y arrancada de él para ser llevada en plena lozanía a las páginas del drama.

El doctor, aunque menos original, también está perfectamente diseñado, en el escorzo a que obliga el teatro. En el primer acto, y vuelvo a él, porque me parece acabado, no dice una palabra que no sirva para ponerlo de relieve en la situación altamente dramática a que lo han arrastrado sus sentimientos y las circunstancias, es decir, los sentimientos de los que lo rodean.

El drama arranca espontáneamente de ese gérmen ubérrimo. Nos lleva sin sacudidas, pero con creciente interés, a la catástrofe presentida, es decir, natural.

No quiere esto decir, ¿cómo ha de quererlo

decir? que no se puedan poner reparos a la obra. El principal se presenta en la última página. Ese modo de terminar *esa* obra resulta en absoluto incongruente. Pedro, el discípulo, cómplice del suicidio, que declara creyente al suicida, que se acuerda, así lo dice, de que sabe rezar, y empieza el padre nuestro, no nos presenta en absoluto aquella relación íntima con la conducta anterior que explica los actos. Y en el teatro no hay que acudir al subsuelo de las almas; hay que ser claros, para que el espectador vea con claridad y con rapidez; condiciones indispensables para producir efecto. ¿No es el drama la primera de las artes efectistas?

ROSTAND EN LA ACADEMIA.

El ingreso triunfal de Edmond Rostand a la Academia francesa añade una flor más a la gallarda guirnalda que decora la frente juvenil de este favorito de las Gracias y las Musas. El Benjamín de los académicos la ha ofrecido, con actitud gallarda, a sus colegas de inmortalidad oficial en su delicioso discurso de recepción. De sus manos la recogió, con urbanidad algo solemne, el Vizconde de Vogüé, para colocarla en el voluminoso herbario de la docta sociedad. Esperemos que conserve allí por mucho tiempo su frescura y su fragancia.

El mismo Rostand se cuida de decirnos que con este discurso hace su estreno de prosista. Bravo estreno, que no hubiera desdeñado su Cyrano, si su Roxane ideal lo hubiera conducido por la punta de los dedos a la casa fundada por Richelieu. Porque hace realmente el efecto de un discurso cyranesco esta oración de Rostand académico. Hay en él la misma impertinencia gen-

til, suavizada por la cortesanía; el mismo irónico dejo de superioridad moral, que se hace a un lado, por respeto a las conveniencias sociales; la misma idealidad, que eleva sin esfuerzo aparente el asunto y los personajes a las cimas de la vida; el mismo concepto de la poesía como resorte exquisitamente templado del alma humana; todo lo que anima en fin y da lustre a los ricos y sonoros versos del poeta espadachín, que murió del amor de una bella quimera.

Hemos oído a Cyrano, saliendo de la *Pastelería de los poetas* para entrar en la Academia.

No ha desmejorado en el cambio Cyrano Rostand; ni ha salido perdidoso el poeta de Bornier, porque en lugar de una balada en su elogio, hayan resonado bajo la cúpula los ágiles párrafos en que el nuevo maestro de la lengua ha hecho revivir su pálida imágen y reverdecer el laurel que el entusiasmo nacional entretejió, por una sola vez, en torno de su frente. La prosa de Rostand también tiene alas. Y es un taumaturgo que no puede verter agua, sin que resulte que escancia vino generoso.

M. de Vogüé ha pretendido encontrar analogías entre los dos poetas que se han sentado sucesivamente en el mismo sillón académico. El territorio de la analogía es muy dilatado, sus fronteras muy inciertas: y los inmortales, desde los tiempos en que celebraban sus sesiones en las cumbres del Olimpo, suelen gastar ironías que

se pierden de vista de puro sutiles. El vizconde Henri de Bernier fué un poeta estimable, que logró en una ocasión libertar el alma de su patria del sortilegio de la catástrofe, haciendo resonar con voz vibrante un canto de resurrección, coreado de seguida por el pueblo entero. Su mano tropezó por una vez con la cuerda de bronce que estaba vibrando sordamente en el corazón de Francia, y le arrancó notas de dolor, de esperanza y gloria. Pero fué una vez; y luego, si la buscó, la buscó en vano. El autor de *La Fille de Roland*, consagrado por el triunfo de esta pieza dramática, poeta nacional, no añadió ninguno más al solitario florón de su corona; y en ésa su obra única no es difícil señalar la parte de colaboración del tiempo y las circunstancias.

Su caso, más que al de Rostand, se asemeja al de aquel otro poeta mediocre, Becker, cuyo Rheinlied, improvisado en un momento de exaltación patriótica, lo improvisó poeta famoso, poeta de la patria germánica; pero que en medio de sus otras poesías, fué sólo exhalación fulgurante que trazó rápida estela en un cielo donde apenas brillaban de trecho en trecho pequeños astros remotos y nublados.

Rostand, aunque su amigo y colega M. de Vogüé parezca insinuarlo, no es poeta de una sola obra. *Cyrano* es el sol de su sistema; pero en torno suyo describen órbitas espléndidas, luceros que, sin el luminar que los deslustra un tan

to, pudieran pasar por soles. Porque ha escrito a *Cyrano de Bergerac*, Rostand es un gran poeta; pero si no lo hubiera escrito, aún sería un poeta insigne, verdadero maestro de *gay saber*, de rica fantasía dramática, prestigiador maravilloso de versos y rimas, feliz inventor de agudezas, pintor sagaz de emociones exquisitas.

Es verdad que después de llegar a ciertas cimas, el alpinista más osado tiene que reposar, y al cabo ha de descender. Con respecto a *Cyrano*, *L'Aiglon* es un descenso. ¡Pero cuántos poetas pasan por notables, y lo son, sin haberse elevado jamás a mayor altura! *L'Aiglon* debió preceder y no seguir a su glorioso hermano. Todavía en esta obra se deja oir demasiado el *virtuoso*, que deja menor lugar al artista, y esconde sin querer al poeta. En *Cyrano* el poeta apenas abandona el proscenio.

M. de Vogüé apunta la razón capital de la inferioridad poética de *L'Aiglon*. Sus personajes están demasiado cerca y son demasiado conocidos. No es fácil apartarlos lo suficiente, para ponerlos a la distancia que exige la perspectiva del teatro heróico. Debo confesar que ciertos personajes de ese bello drama me hacen el efecto de caricaturas, y ciertas escenas, sin poderlo evitar, me colocan por unos instantes en pleno *vaudeville*.

¿Me habré contagiado con M. de Vogüé? Lo que sé es que me he dejado ir tras mis recuerdos

e impresiones. Y por mi parte no estoy encargado de recibir al poeta en ningún cenáculo de eminencias literarias. Puedo vagar y divagar a mis anchas.

La última reflexión que se me ocurre es ésta: Ya está Rostand en la Academia; pero ¿llegará el poeta a ser un verdadero académico? Sin poderles imponer silencio, me están martillando los oídos estas palabras cambiadas entre el conde de Guiche y el glorioso cadete de Gascuña:

—*Voulez-vous etre a moi?*

—*Non, Monsieur, a personne.*

Obsequio de la Secretaría de Educación Pública

MI PRIMER CONTACTO CON LA INJUSTICIA.[1]

Fué mi padre gran viajero. Parte por afición, parte por motivos de salud, peregrinó mucho por América y Europa, hasta que los años lo obligaron a mayor reposo.

Por esta razón, los primeros de mi vida fueron, no dirigidos, sino suavemente empujados por mi buena madre, quien, ya por ser yo el más pequeño de mis hermanos, ya por mi semi-orfandad, me crió como a un verdadero Benjamín. Todo su empeño era quitarme las espinas de un camino tan enzarzado como el de la vida y evitarme los esquinazos, donde todas las calles son esquina.

El resultado tuvo que ser un muchachuelo tímido y receloso, en un pueblo de arrapiezos fornidos, capaces de darle un susto al miedo. Algo fantaseador también era, pero en ello no tuvo parte ni culpa mi madre, mujer muy casera y muy de su tiempo y de su pueblo.

---

(1) Inédito y especialmente escrito para «Cultura».

A consecuencia de todo esto, cambié mucho de escuela y después de colegio. Bastaba que no me encontrara del todo a mis anchas, para que yo mismo, con bien pobre excusa, o sin ninguna, me diera de baja.

Al fin, por razón de proximidad, capital para lo asustadizo de mi madre, fuí a dar a una de las dos escuelas superiores que había por entonces en la ciudad. Era escuela municipal, es decir para alumnos gratuitos, pero los admitía pensionados. Como mi familia era acomodada, tuve la mala suerte de ser de estos últimos.

Digo mala suerte, porque de allí se derivó mi primer tropezón fuerte con la injusticia, de que conservo memoria.

Era el director más bien de pequeña estatura, pero recio, enjuto, que rara vez sonreía, y cuya mirada severa, a través de los cristales cuadrados de sus espejuelos de oro, me parecía que trataba de insinuarse por las entretelas de mi pobre cabecilla, dispuesta a dejarse penetrar. Tenía don G.... un concepto, que llamaré singular, de lo vidrioso de sus funciones, a causa de esa mezcla de discípulos que pagaban y que no pagaban; y, por no parecer parcial a favor de los primeros, solía pasarse de imparcial, es decir, solía saltar a pies juntillas la raya de la ecuanimidad y caía de cabeza en plena parcialidad.

A mí me tocó experimentarlo.

Entre mis condiscípulos, uno de los más aven-

tajados, de buena familia, pero pobre y que, como tal, estaba en el colegio, gozaba de gran predicamento con el director; y a lo que recuerdo, lo merecía. Era bastante mayor que yo y debía mirarme con desdén, por mi carácter un tanto añoñado. Cierto día, sea por bromear o por amedrentarme, hubo de decirme: «Tengo un cartucho de picapica y voy a soplártelo por entre el cuello de la camisa.»

Me llené de terror y de escozor. Todo atortolado y sudoroso, me fuí para casa y discurrí escribir una carta, lo más patética que me fuera posible, a nuestro don G....., que me pareció entonces, a pesar de su corto talle, un Briaero centimano. Detrás de su sombra imponente y protectora me ponía yo, para que con un solo gesto me librase de la lluvia maléfica que ya me torturaba.

Temblando me dirigí de nuevo a la escuela, llena a esa hora de chicos y de bullicio, me deslicé como pude hasta la mesa directoral, y esquivando encontrarme con los ojos de mi verdugo, presenté humildemente al Director mi cartapacio rogándole que lo leyese a solas y se dignase contestarme.

Del todo inesperado y para mí insólito fué el caso que se me presentó. Don G.... leía y se sonreía, se sonreía socarronamente; a poco me hizo un gesto para que me detuviese donde estaba, y empezó a leer en voz alta ¡qué horror! ¡qué

profanación!, recalcando mis pueriles y torpes frases; y así que hubo terminado su lectura y mi suplicio, me miró por encima de sus cristales cuadrados, y me dijo campanudamente:

«Si te pica, te rascas».

No sentí picazón, pero sí sobre mi cabeza el golpe de una gran losa, que todavía, de cuando en cuando, me pesa.

UNA LECCION DE LA GUERRA

HACE casi un año que consumo buena parte de mi tiempo, leyendo las noticias de la guerra, pesando lo que exponen periódicos de los beligerantes y revistas de los neutrales, amén de folletos y libros de unos y otros.

Por mi parte soy neutral, en cuanto es humanamente posible; quiero decir que, aun cuando deseo el triunfo de una de las partes, de ningún modo quiero el aniquilamiento de la adversa. No pretendo que este sentimiento mío sea el mejor, sólo digo que es el mío; y lo digo, porque hace al caso, por la relación estrecha que guarda con el objeto de este artículo.

Un profesor de la Universidad de Birmingham, Mr. de Sélincourt, en la segunda de las bellas conferencias que acaba de pronunciar sobre «los poetas ingleses y el ideal nacional», dice estas palabras, dignas de meditarse: «Nosotros vemos la contienda como una lucha entre los ideales de la ambición militar, que no reconoce otro derecho

que la fuerza, y el libre y no estorbado desarrollo nacional. Es verdad que para Alemania la guerra se presenta en cierto modo a la misma luz (*in something of the same light*)».

De modo que las naciones confederadas se tienen por defensoras de la civilización, y los gobiernos de sus adversarios creen representar el ápice del progreso.

Añádase a esto que las noticias que comunican al mundo las agencias telegráficas inspiradas por los aliados, son todas favorables a sus armas, y las que trasmiten las agencias alemanas y austriacas, nos dicen precisamente lo contrario. No hay que suponer que todo ello sea obra deliberadamente mendaz, como lo creen y lo dicen y lo repiten los parciales de la triple o de la dúplice. Son en mucha parte obra de la ofuscación y de la pasión. Cuando vemos que fuerzas formidables tardan dos semanas en tomar medio kilómetro de trincheras, que al cabo de otras dos han perdido, para comenzar de nuevo la oscilación, y que este flujo y reflujo parece tan constante como el de las mareas, nada de extraño tiene que cada cual pregone un triunfo, cuando son los suyos los que en ese momento avanzan.

Estos movimientos son mucho más extensos en el frente oriental, donde se ganan y se pierden distritos y hasta provincias, sin que dejen de presentar los mismos caracteres fundamentales a los espectadores distantes.

Para mí, que no soy militar, ni diplomático, ni siquiera perito aficionado, el carácter distintivo de esta guerra colosal, y de la madeja de combinaciones que sobre ella y en torno de ella mueven los gabinetes, es el estancamiento. Lo cual no significa que de esos siniestros campos de acción y de inacción no estén manando ríos de sangre y despeñándose cataratas vertiginosas de dinero. Ni que muchos de los gobiernos neutrales dejen de mantenerse en un vaivén, que sería cómico si los momentos actuales no fueran eminentemente siniestros.

Y vamos ya a la lección que encuentro, cada vez más clara, en esta descomunal contienda.

Si nos es tan difícil darnos entera cuenta de lo que ocurre en torno nuestro, de aquello de que somos, por decirlo así, testigos, ¿qué será cuando se trata de lo que se aleja de nosotros y, por consiguiente, cuanto más se aleja? Para lo presente, estamos en la penumbra; más allá se van espesando por grados las tinieblas. No muy lejos, la noche es completa.

Tenemos los hombres del día elementos de información que no conocieron o sólo conocieron a medias nuestros antepasados. Pero lo que nos enseña a voces la guerra actual, entre otras muchas cosas que nos enseña, es que las noticias se falsean en estos tiempos de publicidad, tanto como en las más obscuras épocas del oscurantismo. Son tantos los proyectores de luz que bombar-

dean contra nosotros, que nos atontan y ofuscan; es decir, que no nos dejan ver nada.

Hoy poseemos las gacetas oficiales; los libros azules, blancos, verdes, de todos los colores del iris; los documentos públicos y hasta los privados; las confesiones; las memorias; las famosísimas autobiografías; y, con todo eso, andamos poco menos que a tientas. Sabemos, por ejemplo, casi tanto de las guerras napoleónicas, de que nos hablan infinitos historiadores perfectamente informados, como de las guerras pérsicas, de que no nos habla sino el venerable y tres veces mendaz Herodoto. Lea el que quiera, sobre la campaña de Napoleón en Rusia, nada más que escritores franceses, ingleses y rusos, y me contará maravillas.

Y la razón de estas sinrazones, de por qué uno atenúa lo que otro exagera, éste tergiversa, el otro oculta y el de más allá pretende descorrer el velo, es una sola, que actúa hoy como ha actuado ayer y, probablemente, y sin probablemente, actuará mañana. La razón consiste en que el hombre ve mal cada vez que se pone los anteojos de la pasión. Y lo peor es que los lleva siempre puestos.

Oigo ya las voces de protesta. Yo no me apasiono, dice cada cual; estoy muy lejos, ningún interés me mueve, como no sea el de la verdad. *¿Quid est veritas?* dicen que dijo el desengañado e indiferente Pilatos. ¿Qué cosa es la verdad?

Lo que veo a través de mis cristales ahumados.

No hay quimera igual a la de creer que nuestros juicios puedan nacer puros de toda mezcla de afecto. Ese es su pecado original; y para éste no hay aguas purificadoras. Un solitario en Königsberg, o en cualquiera otra parte, escribe volúmenes sobre la razón pura. Bueno. Ese río de palabras, cuando llega el momento de juzgar sobre hechos, no se lleva, no arrastra uno solo de los granos de pasión de que se forman nuestros prejuicios.

Si fuera posible hablar de humanidad y de simpatías humanas, en medio de estas sacudidas espantosas de la conciencia moral, diría, para terminar, que el sentimiento que cabe, ante este desbordamiento de odios y temores, es el deseo de que se abran al cabo camino aquellas nobles pasiones, a ver si es posible que el orgullo de los pueblos se venza a sí mismo, y deje que se siente melancólicamente el mundo a restañar la sangre que le mana de tantas y tan crueles heridas.

UN POETA DEL GHETTO.

Largo rato estuve detenido, cierta tarde, hace ya buen número de años, frente a un viejo lienzo de pared, que sostenía malamente los restos herrumbrosos de una reja, en uno de los rincones más apartados de la capital de España. Aquellas pocas piedras y aquel poco de hierro era cuanto quedaba entonces de la judería de Madrid.

Mi pensamiento me llevaba muy atrás en el tiempo; y al recordar la mísera condición de los habitantes de aquel lugar maldito, secuestrados más que por sus altos muros por la aversión fiera de sus convecinos, que en vano habían nacido sobre la misma tierra y bajo el mismo sol, me sentía interiormente halagado, en mi incontestable superioridad de hombre moderno, por la idea de que ya no era posible que turbase mi mente la visión de las escenas de matanza y pillaje que flotaban, como fantasmas de siniestros aquelarres, sobre los barrios de judíos de Toledo, de

Burgos, de Valencia o de Córdoba. Al conjuro mágico de la declaración de los derechos del hombre, el espíritu humano se había limpiado de su costra secular de odio e iniquidad; y en las manos del hombre no había de coagularse más la sangre de Abel.

No habían transcurrido muchos años después de la tarde de esas consoladoras reflexiones, cuando empezó en Europa la agitación antisemítica, fomentada por hombres perfectamente barnizados de cultura, periodistas, oradores, poetas y hasta teólogos. El judío era de nuevo la víctima emisaria, cargada con los pecados de nuestra civilización. Vestido estaba del vellocino de oro, y debía ser trasquilado antes de ser inmolado. De la predicación se pasó a las persecuciones, al despojo, al destierro, y ya se ha llegado otra vez al degüello y al saqueo. El siglo veinte ha dado la mano al siglo catorce: y a los clamores de espanto de las aljamas de Toledo responden, en coro infernal, los lamentos de las aljamas de Kischineff. Mefistófeles, con la máscara de Robespierre, lleva por todo lo alto la batuta.

¿Cómo no? ¿Acaso la predicación de un día y otro día gotea en vano sobre el alma del pueblo, amasada de miseria, de codicia y concupiscencia? ¿No es el judío la sanguijuela hidrópica de oro? ¿No es el aliado natural del enemigo de más allá de la frontera? ¿No corrompe a la virgen cristiana? ¿No crucifica al niño bautizado? Toda la per-

versa retórica de los demagogos antisemitas se ha empleado en glosar los versos del canciller de Castilla:

«Allí vienen judíos, que están aparejados
para beber la sangre de los pueblos cuitados.»

Y los pueblos cuitados están siempre dispuestos a creer con mayor fe lo más abominable, lo que ennegrezca más la naturaleza humana, y endurezca más unos contra otros los corazones de los hombres, y los lance unos contra otros o unos sobre otros, para responder al canibalismo ideado con el canibalismo efectivo. Después se canta un tedéum, y se pide, con lágrimas de enternecimiento, paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

Un nuevo y doloroso éxodo ha comenzado para los descendientes de Israel, que desde las playas inhospitables de Europa se desbordan, como río de revueltas aguas, sobre las costas de Norte-América. Por decenas de millares se cuentan los judíos que han huído de Austria Hungría, de Alemania y de Rusia, y se encuentran hacinados en las húmedas y sombrías casas de vecindad del Ghetto de Nueva York.

Una visita a esas zahurdas miserables deja frío en el alma por mucho tiempo y el eco en los oídos de la más extraña jerga, en que puedan expresarse el dolor y la desesperación humanos. Los judíos recién llegados a la ciudad imperial

hablan una especie de germanía en que se mezclan y amalgaman vocablos alemanes y hebreos o rusos y hebreos, según los casos, y a que se da el nombre de *yiddish*. Esta jerga, importada de sus tierras nativas, predomina en el Ghetto, y se mantiene por lo menos en la segunda generación de inmigrantes.

Nada parece a primera vista menos literario que esa bárbara jerigonza; pero tal es la fuerza de expresión del dolor verdadero, de tal modo necesita el alma doliente exhalarse en quejas rítmicas, para mover, siquiera por la simpatía del movimiento musical, las otras almas, que del seno de esos condenados en vida, de esa *perduta gente*, se han elevado suspiros armoniosos, voces de poetas, que han repercutido en el corazón de sus endurecidos compatriotas de más allá de los mares.

Entre los escritores en dialecto yiddish del solo Ghetto neoyorkino hay varios que han alcanzado notoriedad, como Bloomgarden o Zunser; pero recientemente ha sobresalido entre ellos uno, que parece destinado a la celebridad. Se llama Morris Rozenfeld, y su acento, aún a través de las traducciones, es tan hondamente patético, que hace recordar al punto los trenos de los grandes poetas de la miseria, como Thomas Hood o Elizabeth Browning. El *canto de la máquina de coser* no llega a la excelencia artística del *canto de la camisa;* pero, en su airada sequedad, punza las

fibras de la conmiseración, como si las inflexibles agujas se hubiesen tornado dedos de hierro en la mano del poeta.

Las poesías del cantor del Ghetto acaban de ser traducidas al alemán por E. M. Lilien, y publicadas en Berlin con ilustraciones que suplen el texto con un terrible simbolismo. Al mismo tiempo se anuncia una versión francesa, a la par de otra rusa, que se deberá a la pluma de cincelador de Máximo Gorki.

La ferocidad humana no envejece. Quede al menos a sus víctimas el consuelo de convertir sus lamentos en imprecaciones tales que hagan de cuando en cuando estremecerse a los verdugos. La miseria y el dolor siguen pululando a la vista de los indiferentes y empedernidos. Que alguna vez al menos una voz de poeta les haga subir al rostro palidez fugaz, al oír, como un eco de moribundo que se extingue, la queja de los descoloridos labios de la costurera.

Oh god! that bread should be so dear,
and flesh and blood so cheap! (*)

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

13 de julio.

(*) ¡Dios de bondad!, qué el pan cueste tan caro,
y la carne y la sangre tan baratas!

EL PADRE JUANÍN

Como soy yo mismo lo que más cerca tengo de mí y lo que puedo observar más a mi sabor, he procurado más de una vez trazar la espiral de mis transformaciones mentales. He procurado, lo que no quiere decir ni remotamente que lo haya conseguido. Pero he buscado todos los jalones que he podido señalar, para fijarlos en mi memoria: y por eso he inquirido los diversos elementos que han tenido o han podido tener alguna influencia en el desarrollo de mi carácter.

Entre éstos cuento al padre Juanín. Fué éste mi último profesor de matemáticas. Pero no influyó en la formación de mi espíritu por su enseñanza. Cuando pasé entre su varilla y su encerado, era yo muy fuerte en aritmética, pero sabía poquísima álgebra, menos geometría y muchísimo menos trigonometría. Si digo nada, de esta última disciplina, no me aparto de una tilde de la verdad. Cuando salí de su clase, y no por su culpa, estaba poco más o menos lo mismo.

Con todo eso, el padre Juanín dejó huellas bien apreciables en mi ánimo. Era el buen hombre tan enjuto de cuerpo, como de espíritu. Entre las figuras geométricas, hubiera podido realizar el ideal de la columna. Arquitectónicamente considerado, lo era; delgada, pero maciza y de piedra berroqueña. No conoció la flexibilidad. Al sentarse, al ponerse de pie, al arrodillarse, parecía no tener coyunturas. En cuanto a su cerebro debió ser fundido de una pieza. Un antropoide debe tener más circunvoluciones cerebrales. El padre Juanín vivía a sus anchas en la edad de piedra. Pocas ideas, pero con tales raíces en su masa encefálica, que ningún forceps humano hubiera logrado arrancarles una brizna.

Cierta vez mi maestro de retórica y poética me dió por tema un soneto a la Resurrección. Lo compuse, y fué tan de su agrado que lo enseñó a sus compañeros. El padre Juanín lo leyó de soslayo, hizo casi una mueca, tic que le era habitual, y me llamó: —¿De dónde has copiado esto? —De ninguna parte, Padre. —Mientes: de algún libro viejo. Y el soneto quedó *in aeternum* clasificado para él entre las producciones del poeta ramplón X, que debió florecer o marchitarse en el siglo XVII.

A pesar de esta herida a mi vanidad estudiantil, que, como se ve, sangra todavía, y de otras y otras y quizás por ellas, mi profesor de matemáticas, que no aprendí, ha tenido indudablemente

parte en mi evolución interna. ¿Cómo? Por repulsión y contraste.

Fué un ideal que se impuso, sin darme cuenta, desde luego, para conducirme a través de los vaivenes de la vida, hasta llegar al polo opuesto. He aquí por qué tengo que estarle, y le estoy en realidad, sinceramente agradecido.

El que piense que estampo esta afirmación con un grano siquiera de ironía, demostrará solamente que no se ha dado cuenta de lo enrevesado del problema que trataba yo de resolver, ni de los verdaderos factores que en él forzosamente entran. Y lo felicito.

PAREDES DE CRISTAL

Pocos meses atrás, un caballero, que está recogiendo datos sobre el desarrollo material y moral de Cuba, me pidió algún breve escrito mío, sobre cualquier tema; sin duda para que pudiera tenerse idea de mi modo de discurrir y de expresarme. Con ese motivo escribí los siguientes párrafos:

«Acabo de reeler esta frase, que leí hace muchos años: «Las democracias han de vivir en casa de cristal». Entonces me entusiasmó; y ahora me ha entristecido.

«¿Es que la edad me ha ido petrificando el cerebro y me ha convertido en reaccionario? ¿Hace daño la luz excesiva a mis ojos envejecidos? No por cierto. Todavía me regocija la espléndida claridad meridiana. y me hace encoger de hombros la idea de que los pueblos puedan subir de nuevo y a reculones la cuesta que bajaron. Ni el hombre, ni los hombres viven dos veces.

SECRETARIA DE ESTADOS UNIDOS

«Me ha entristecido, porque ha hecho surgir ante mí el terrorífico escenario de Europa, cuna de la libertad, y campo hoy del más tremendo cataclismo que han podido producir la demencia y la ceguedad de los hombres.

«Grandes democracias son Francia y la Gran Bretaña, sobre el sufragio universal cree levantar la fábrica de su gobierno la Confederación Alemana. Y a pesar de las paredes transparentes de sus casas ¿quiénes vieron los tremendos combustibles que se hacinaban y la mano o las manos que lanzaron la chispa que hizo saltar un mundo?

«A los primeros resplandores del incendio, vimos correr despavoridos, desde sus plácidos retiros veraniegos, a jefes de naciones, que las sintieron amagadas en el corazón; locos de sorpresa y espanto se precipitaban los directores de grandes partidos opuestos por principio a la guerra: y el común de los ciudadanos se desbanda en todas direcciones, sin saber dónde encontrar puerto de refugio.

«Me ha entristecido, porque en esa misma democracia, gobernada hoy por un letrado de la misma escuela del autor del nítido aforismo, ¿logra nadie, por perspicaz que se crea, penetrar en los meandros del cerebro del estadista o los estadistas que envían notas conminatorias a los poderes europeos beligerantes, y aceptan o pa-

recen aceptar sus intrincadas y untuosas respuestas?

«Cuando era yo niño tuvo fama el palacio de cristal en que celebró Ingleterra su primera exposición. Cierto. A través de su transparente armazón se veían las poderosas máquinas con que la industria había revolucionado el mundo fabril. Lo que no se veía, ni podía verse, era el engranaje interno de ruedas y palancas, ni la voluntad directora que, por su medio, les comunicaba vida y las ponía en movimiento».

He vuelto a leer ahora lo que entonces había estampado, y advertí que, aún circunscribiéndolo solo a lo que se llama vida pública, mi punto de vista alcanza tal generalidad, que empezó por sorprenderme y acabó por convertirse en verdadera lección de mortificación y modestia.

¡Lo que se ha atronado nuestros oídos, desde hace lo menos ciento cincuenta años, con el dogma de la soberanía popular! Cuántas tremendas sacudidas y cuántas sangrientas revoluciones en América y Europa, para defender, sacar triunfante y afianzar ese nuevo artículo de fe. Solemnes constituciones, a guisa de flamantes tablas de la ley, fueron promulgadas, y descansaban todas sobre esa amplia base. A cada uno nos tocaba nuestra parte alícuota de soberanía.

Casi un siglo después, los estadistas alemanes hicieron un peregrino descubrimiento. No: el pueblo no es soberano. La soberanía se cierne

mucho más alto, para cobijarnos a todos. No se encarna en la masa amorfa, ni en la masa organizada, ni en los hombres, ni en el hombre. La soberanía pertenece al Estado. Se necesita leer a los tratadistas penetrados de ese gran principio, en Alemania y fuera de ella, para formarse idea de la devoción, de la veneración con que se inclinaban reverentes, casi se prosternaban, ante esa deidad recóndita, omnicomprehensiva, permanente, exclusiva, ilimitada: el Estado. El triste soberano desposeído, el atomo humano, mi vecino, yo, con mi cédula o mi planilla o mi infolio electoral, reducidos a cero, a menos que cero, a cantidad negativa. La defenestración de Praga, la de Belgrado.

Y sin embargo, si rodando por el polvo se puede pensar, nos conviene convencernos de que aunque la soberanía del Estado nos parezca a primera vista más etérea, que la del pueblo. no falta, ni ha faitado nunca quien la ejerza con más efectividad y por tanto más eficacia real que los electores desperdigados a colegiados. La soberanía popular ha sido y es un mito. La del Estado lo parece; si no fuera porque los que desempeñan esa función subordinada, secundaria, está uno por decir insignificante, del gobierno, la atrapan por los aires, la vivifican, la encarnan y la ejercen.

Nuestros tratadistas se asombrarán y hasta se indignarán por esa afirmación necia, que no

atiende a la distinción profunda, a la separación completa, que establecen entre el Estado y el gobierno. Lo reconozco: una cosa, lo superior, lo ideal, es el Estado, y otra subordinada, inferior, inferiorísima, el gobierno. Solo que el gobierno es real, lo ejercen hombres, que tienen en sus manos todos los medios reales y hasta ideales para actuar sobre otros hombres. Una bicoca.

To suck, to suck, the very blood to suck

Pues bien, supongamos, y no es poco suponer, que armado de mi boleta electoral, del todo consciente de la alta función que me dispongo a ejercer; conociendo bien o bastante bien o casi bien a todos y cada uno de los que voy a elegir para que me dén leyes, me impongan contribuciones, administren la hacienda pública, me gobiernen, representen a la nación y la dirijan en sus relaciones con los demás pueblos; sin que nadie ejerza sobre mí coacción, ni siquiera presión moral; seguro de que mi voto ha de ser considerado cosa sagrada, intangible, que nadie manosea, adultera o sustrae diestramente; segurísimo de que nadie será osado a inflar o desinflar el número de votos obtenidos por tales o cuales candidatos; supongamos, repito, que mi voto, uno, entre cincuenta o cien o dos cientos mil, ha contribuido a elegir el gobierno de mi confianza o preferencia. Y supongamos que éste ha triunfa-

do honradamente, sin violencias ni artimañas públicas ni secretas, con el desconsuelo, pero con el respeto de sus adversarios.

En esta situación naturalísima, pero casi fantástica, al menos por estas tierras de Hispano-América, ¿qué voy a ver yo, el elector de marras, a través de las transparentes paredes cristalinas de las mansiones oficiales de mis gobernantes? ¿Qué voy a saber de los antecedentes genuinos de las resoluciones que más me importan y conmigo a todos mis conciudadanos? ¿Quién me da cuenta de los verdaderos móviles de actos que pueden ser decisivos para el porvenir de mi pueblo, y que nunca son indiferentes?

Comprendo que mi grave miopía exasperará a algunos, que me pondrán casi con lástima, la mano en la boca, y me dirán, enarcando los ojos: ¿Y la razón de estado?

El golpe es contundente. Pero exista o no esa famosísima razón, de que tanto se ha escrito y sobre la que tanto se ha pretendido edificar, me permito decir que, hasta ahora al menos, los que la manejan han procurado encerrarla algunos estados bajo tierra, léjos de exhibirla en caja de cristal.

Si estamos enfrascados en sutiles y trascentales negociaciones con uno o más poderes extranjeros, segundarán mis sesudos maestros, vamos a salir tañendo las campanas y convocando a cabildo abierto, para que nos tengan por idio-

tas, si no por locos de atar los estadistas que manejan el otro cotarro, y rompan sin más sus tratos con nosotros?

Evidente me parece, de toda evidencia; pero, vuelvo a todos lados la cabeza y no distingo por parte alguna las transparentes paredes en que habíamos convenido que se encerraban, para no estar encerrados, nuestros democráticos contratantes.

Puedo leer cada vez que quiera los mensajes que envía el Ejecutivo a las Cámaras, y en que se enumeran ce por be los motivos razonados de las leyes que se solicitan. Acabo de recibir precisamente el mensaje del presidente de la Argentina al Congreso en mayo de este año. Tiene ciento ochenta páginas. Relata minuciosamente «cuanto se relaciona con la situación política interna y externa» de esa próspera república. Es de cristal. Pero sospecho que hay serpeando por esas páginas muchas venas ocultas, de que nada sabe la turba multa de los argentinos; y por fuerza menos que nada los que no somos argentinos. Claro está que éste es un mero ejemplo, y que lo mismo cabe decir de nuestros mensajes y de cualesquiera otros. El mal, si mal hay, no está en la nacionalidad.

Todos quisieramos que gobernar fuera otra cosa. Pero no se trata de lo que quisieramos, sino de lo que es. Y por desgracia la verdad desnuda vive muy escondida y tiene parentesco muy

remoto con la verdad vestida, que es la que tratamos. La ardua función del gobierno impone en casi todos los casos la reserva, en no pocos el secreto. Hay fiestas de aparato para los ojos; hay negocios delicados que conviene, que importa no divulgar a destiempo. Contentémonos con que la reserva sea la necesaria, la legítima, y que de ella resulte el éxito apetecido, de donde debe salir siempre un beneficio para la nación.

COMO BYRON.

A GABRIEL ZENDEGUI, EN LONDRES.

ANTE el horror prolongado de esta furiosa demencia de la guerra europea, se siente el ánimo casi impedido de protestar, por temor de ser acusado de creerse uno superior, siquiera porque conserva algunas vislumbres de razón. Más de una vez he leído, en periódicos parisienses, burlas acerbas contra los que se permitían dolerse de esta inútil matanza sin medida, que solo ha de dejar en pos de sí inacabable estela de rencores y anhelos de venganza.

Pero hay un aspecto de las enormes pérdidas que está sufriendo la humanidad, el cual bien se puede considerar y deplorar desde ahora; porque para él no cabe alegar compensación, ni sombra de compensación. Los grandiosos edificios arruinados, las fábricas colosales destruídas, los pueblos, las ciudades taladas y hasta derruidas, todo puede restaurarse. Los millares y millares de niños huérfanos y herrantes pueden ser recogi-

dos y educados. Los ríos de sangre humana se secarán al cabo, y nuevos hombres vendrán a ocupar los huecos que esos otros innumerables han dejado. Pero ¿quién o qué devolverá al mundo los altos ingenios que prematuramente ha perdido?

En medio de la universal mediocridad humana, ésos que acendran en su mente la quinta esencia de nuestra espiritualidad, esos vasos tan exquisitos y tan frágiles, tienen demasiado valor, para que los veamos sin espanto caer quebrantados y ser arrastrados en el vórtice del torbellino. Cuántos artistas, cuántos pensadores, cuántos investigadores de la naturaleza y del hombre habrán sido abatidos, no por la mano de la fatal segadora, en la forma de morbo o longevidad, sino por el choque tremendo de las pasiones humanas desbordadas.

Voy a circunscribirme a un solo caso, porque se trata de un mancebo, en la plenitud de la vida y en el primer florecimiento de su genio. No por que sea el único llegado a mi noticia, ni siquiera el único de su lengua y de su dedicación artística. Si Rupert Brooke, inglés como Byron, poeta como Byron, cayó como él en el próximo Oriente; Thomas Mac Donagh, joven como Brooke, y también poeta señalado, ha caído en Dublin bajo las balas inglesas.

Pero hay elementos tan especialmente trágicos en el destino que ha cabido al insigne poeta

inglés, desaparecido sin gloria para sus armas en el Egeo, que me mueven a señalarlo, entre los devorados por esta guerra insensata.

La fama ha consagrado de súbito el renombre de Rupert Brooke por los cinco sonetos que, con el título sombriamente luminoso de «1914,» se publicaron el año pasado y alcanzaron de seguida múltiples ediciones. Estos sonetos, en un parnaso tan rico en esa forma poética cómo el inglés, se colocaron desde luego al lado del celebérrimo de Blanco White *Night and Death* y el igualmente bello de Lee-Hamilton *A Flight from Glory*. El crítico de *The Times* dijo que en ellos la nota personal se patentizaba con mayor realce, que en ningún otro sonetista inglés desde los tiempos de Sidney, el renombrado autor de *Astrophel and Stella*. Y como es sobre todo el lirismo lo que caracteriza a la moderna poesía inglesa, de los lakistas acá, el elogio resultaba en realidad extraordinario.

Que los sonetos de Brooke son personales, por los sentimientos que traducen y por la forma de que los viste, no puede negarse, y basta leerlos para encontrarse poseído el lector por la emoción que despierta siempre lo hondamente sincero, cuando se expresa de modo que hable al corazón. Pero en la hora de espanto universal en que fueron producidos, lo que demuestra desde luego su excelencia es que fueron escuchados y repetidos por un pueblo entero, que sintió reve-

lada su alma en ese instante supremo por la voz del poeta. El vate sintió por todos, como todos, y habló para todos. Vaticinó.

Now. God be thanked Who has matched us with His hour.

Así prorrumpió el poeta, y con él toda su nación se encontró dispuesta y aparejada para esa hora suprema. El poeta miraba tranquila, serenamente la muerte, y consagraba para siempre a la patria distante la pequeña porción de tierra extraña, donde habían de blanquear sus huesos, la fosa en que serían arrojados; y cada soldado inglés en Bélgica, en Turquía, en Egipto, en la frontera de la India distante, en las remotas regiones alemanas de Africa, confirmaba el voto.

Mucho más personales aparecen las poesías anteriores del joven escritor; porque, en esa tierra consagrada irónicamente a la originalidad, sus versos se distinguen por un sabor peculiar, que los hace inconfundibles con ningunos otros.

El exotismo, que tanto se ha celebrado en su gran contemporáneo Rudyard Kipling y que ha atraído tantos lectores al francés Pierre Loti, constituye la atmósfera natural que respira Brooke, y que lo hace contemplar, entre regocijado y zumbón, el desfile mental de las más pintorescas imaginaciones. Nada hay semejante, en lo que yo conozco, al cielo que promete a la tahitiana Manua, donde la infinita variedad de las cosas que

asedian nuestros sentidos terrenales se reducen a la perfecta unidad....

there, on the Ideal Reef,
Thunders the Everlasting Sea.

Naturalmente, esta doctrina nada tiene de original, y no es en ella donde veo la singularidad del poeta; sino en la serie de ilustraciones de la doctrina, propias todas y cada una para herir la mente, diversamente conformada y poblada, de la joven isleña del Gran Océano. Y no es menos sutilmente irónica, aunque no tiene nada de original sino por la forma, la conclusión en que invita a Manua a vagar en torno de la perezosa y cálida laguna, enlazada la mano con otra mano humana, o a confiarse a las blandas caricias del agua en la ribera. *Carpe diem*....

Y sin embargo, en este espíritu, que parece tan dispuesto a revolar ligeramente sobre los afectos y hasta sobre los grandes problemas que se han llamado trascendentales, se descubre de súbito una profunda vena de melancolía, con la cual toca las fibras más sensibles de nuestra lira interna. El joven marino inglés, que data sencillamente tantos de sus versos *En el Pacífico*, se revela hermano menor, el Benjamín como si dijéramos, de aquel Jaques que puebla con sus *saudades* la semi encantada y encantadora floresta de Arden. Nada es más capaz de descubrirnos

la fragilidad etérea de nuestras más arraigadas pasiones, que el cambio incesante de panoramas y el anudar y romper reiterados de nuestras relaciones, que nos condenan al papel de huéspedes perennes. El mundo ha vuelto a ser para nosotros posada de trajinantes, pero sin mansión definitiva a donde arribar mañana. Desde que el hombre midió la tierra y, con el auxilio de su invensión y su industria, la ha encontrado tan pequeña que en pocos días la circunvala, con el cambio de lugar todo va cambiando en sus sentimientos. Las instituciones que sirvieron de descanso y abrigo al hombre sedentario no están ya aparejadas al judío errante moderno. Y sentimos como pensamos, y pensamos como sentimos.

El poeta, que ha sabido encontrar bella expresión y transparentes símbolos para estos nuevos estados del alma moderna, ha sido un gran poeta. Su muerte extemporánea denuncia, con clamor más penetrante, el horrible crimen de lesa humanidad que se perpetra en Europa.

OTRA, OTRA INFORTUNADA.

"I see, a man's life is a tedious one."

La sensación más horrible de aislamiento, la angustia más asfixiante de soledad, no son las que se experimentan en lo intrincado de una selva o en las entrañas de un túnel, sino las que caen con peso enorme sobre nuestro espíritu en medio de la multitud afanosa de una de las Babilonias modernas. El rumor sordo de tantas voces extrañas, la interminable sucesión de tantos rostros desconocidos e indiferentes, el andar rápido de tantas figuras que van a perderse, a diluirse en la masa informe que avanza, se codea, se estruja y pasa como río de muchas aguas, que se desliza o se precipita hácia el mar inmenso, nos dejan la impresión de algo impersonal formado por millares de personas, del anonadamiento de la voluntad individual, de la pasión personal, en ese torbellino, cuyas moléculas son seres sensibles y apasionados. ¡Qué pequeño se ve uno a sí

mismo, simple unidad entre centenas de millares! ¡qué pobre e insignificante la emoción que nos sacude, el anhelo que nos impulsa, ante esa indiferencia suprema que nos envuelve en su atmósfera glacial! La indiferencia de los que nos conocen, ni nos han de conocer jamás. La de tantos corazones que jamás vibrarán con el nuestro. La de tantas almas que jamás inquirirán por qué se dibuja una sonrisa en nuestros labios o empaña una lágrima nuestros ojos. El hombre que pasa. Es algo infinitamente más triste que la ola, que la nube, que el pájaro, que todo lo que se va sin dejar huella, en el perenne flüir de la naturaleza.

Cuántos dramas punzantes, cuántos lúgubres desgarramientos de alma, de esos que refieren sin emoción las *noticias generales* de los periódicos, se explican por ese vertiginoso sentimiento de abandono de que puede sentirse poseido un ser aislado, entre el tumulto de tantos millones de vidas extrañas, sin ningún suave contacto con la suya. Así discurría yo, leyendo algunas líneas de un papel americano, al mismo tiempo que llegaban a mi oído los últimos rumores de la gran metrópoli neoyorkina, cuya respiración se iba apagando, al entregarse al breve reposo de las altas horas de la noche.

Esas líneas referían con laconismo frío la patética historia de una joven extranjera, que había sido conducida aquel día al hospital de Bellevue, envenenada por su propia mano. Era muy

joven, era muy bella, artista y enamorada, no de un hombre, sino del ideal. Había nacido muy le jos, en la pequeña ciudad rusa de Voone, de raza hebraica; pero su educación había sido completamente occidental, como que la había recibido en Dusseldorf, en Alemania. Vaivenes de fortuna la arrojaron con su madre, viuda, a las playas americanas. Allí había paladeado todas las amarguras de la pobreza en tierra extraña y del aislamiento entre el hormigueo ansiaso de la multitud innumerable. Su espíritu, que no encontraba otros afines donde espaciarse, se replegaba en sí mismo; y sólo se comunicaba con el mundo, que se le representaba duro y hostil, por la lectura asídua de los grandes poetas. Los amigos de la niña extranjera, que recorría indiferente las magníficas avenidas de la ciudad imperial, eran Shakespeare, Shelley, Byron, Goethe, Schiller, Heine.

De su poco roce con la realidad y de su perfecta compenetración con la más elevada poesía resultó el refinarse su sensibilidad hasta adquirir caracteres morbosos. Por largo tiempo rehusó prestar oído a los muchos galanes, que atraía su extraordinaria belleza. En todos descubría presto la parte sórdida del natural humano. Y esquivaba su contacto como una profanación. Al cabo, un joven, Carlos Markhoff, se le hizo más acepto, y en el pasado mes de mayo le entregó su mano.

Sobre este nueva y decisiva experiencia de la vida, la joven ha sido muy reservada. Pero muy pronto se la vió desviarse de su esposo, entregarse a su ocupación favorita, leer y componer versos, y manifestar agravada su anterior melancolía. Estaba condenada a la soledad. Quería un compañero para su alma, peregrina entre tantos cuerpos como suben y bajan por las calles interminables de la ciudad inmensa. No lo había encontrado. Entonces resolvió morir.

Su despedida fueron unos versos escritos en hebreo, que se encontraron entre las hojas de uno de sus libros, una versión alemana de Homero. Son un rayo de luz blanca que baja hasta el fondo más sombrío de un alma.

"Está helando. ¡Qué deliciosa es la sensación del aire frío! Quisiera poder envolverme y perderme en el torbellino de esta blanca tempestad.

"Cuando llegue el momento supremo, entonces despertaré, pero ¿a qué? Este pensamiento me espanta. ¿Cuál es el fin?

"¡Oh! ¿por qué habré nacido para sufrir esta mofa de la vida? Sólo cuando duermo, vivo realmente. ¡Qué no pudiera sostenerme con una fuerte cadena! ¡quisiera rodearme de los bienes más selectos de la tierra! ¡quisiera poder escalar las más altas cimas de la virtud, lejos, muy lejos de toda tentación."

La pobre Ida Markhoff fué a ponerse al abrigo de toda tentación en el seno frío de la muerte.

Su frialdad no la espantaba; porque más fríos habían sido para ella tantos corazones helados, tantos rostros glaciales. No tenía aún veinte años, y ya había visto, como la Imógenes del poeta, que no hay peso más abrumador que el de la tediosa vida humana. "I see, a man's life is a tedious one."

SPLENDIDE MENDAX.

Los periódicos españoles de esta ciudad han levantado en estos días gran clamor, porque el diario cubano *Patria* ha aludido a las leyendas que empiedran o esmaltan, según el gusto de cada cual, la historia de España. Con alguna rara excepción, han soplado en la trompa épica, para repetir las mismas falsas notas, con que acostumbran los escritores españoles al uso ofuscar la imaginación y tal vez sacudir los nervios de su pueblo.

Confiezo que me causa desazón esta incurable manía de fantasear grandezas, en gente que nos toca tan cerca. Esa forma enfermiza, a veces totalmente patológica, del patriotismo, que consiste en negarse a las rudas manifestaciones de la realidad circunstante, para ver sólo, y verlo agigantado, lo que se tiene en la fantasía, es la que lleva a los pueblos derechamente al abismo. La

falsificación sistemática de su historia ha deformado de tal suerte el cerebro de la generalidad de los españoles, que ha arraigado en ellos el defecto cardinal de la raza: el no saber proporcionar los medios a los fines. En virtud de esa lógica especial de la alucinación en que viven, han acometido los españoles las empresas más descabelladas, y cuando se han encontrado deshechos y molidos en el duro suelo de la derrota, se han contentado con repetir arrogantemente con el personaje de una de sus comedias famosas:

«La dicha podrá ser,
mas no el merecerla yo».

Cómo si el salir al encuentro de la desdicha con una bacía de barbero por yelmo, no fuera el modo más cierto de hacerse merecedor de la descalabradura! Por haber creído de buena fe los más de los españoles que sus barcos no necesitaban otra coraza que el pecho de sus tripulantes, están hoy sus buques de guerra en el fondo del mar.

Pero como los españoles no se han de curar, y mucho me temo que sus descendientes tampoco, porque se les repitan estas amargas verdades; quizás sería mejor tratar de ver qué ha fomentado en ellos esa credulidad nacional, tan fecunda en desastres.

El español no carece sólo de sentido jurídico,

como ha dicho su compatriota don Francisco Silvela, sino de sentido crítico, y quizás carece del primero, porque le falta el segundo. Pero cuanda una actividad del espíritu se atrofia de modo tan general, la causa debe serlo también. Este vicio, ya en cierta manera constitutivo, debe nacer de la conformación misma del pueblo; y así me lo parece en efecto. El sentido crítico supone un sentimiento vigoroso de la personalidad, que se distingue perfectamente de cuanto la rodea, y que se reconoce capaz de escrutarlo, de medirlo y compararlo. La organización social de España ha conspirado precisamente para ahogar la personalidad. El Estado monárquico y la religión católico-romana han gravitado con todo su peso sobre el individuo hasta confundirlo en la masa. Todo en el orden exterior provenía del Rey, única fuente de las leyes; todo en el orden interno provenía del Papa, único definidor del dogma. Ni el honor escapaba a la jurisdicción del monarca, que estaba por encima de todos los vínculos civiles; el menor escrúpulo de conciencia sometía a la jurisdicción espiritual. ¿Qué retoño de independencia podía germinar en el pecho de hombres que temblaban ante el poder omnipresente del Estado, y que si iban a buscar un refugio en sus conciencias, se encantraban allí con el terror de la Iglesia? La crítica tenía que ser planta maldita en el país de la Inquisición.

El molde en que creció el español no podía pro-

ducir sino fanáticos. Fanáticos quiere decir ciegos; ciegos para creer, ciegos para dejarse arrastrar. Y ¿qué otra cosa han sido y qué otra cosa han hecho los españoles? Han creído en sus dogmas con tal ahinco y pasión, que han sacrificado por ello hasta los instintos y movimientos afectivos más naturales; y han creído en las fábulas de su historia con tal sinceridad, que jamás han podido comprender cómo ha venido a resultar tanta flaqueza y decaimiento de tan soñada grandeza.

La inteligencia española fué amamantada a los pechos del catolicismo. No ha habido en el mundo adulteradores de la verdad histórica comparables a los polemistas ortodoxos. Para ellos el fin ha justificado siempre los medios. Los fraudes piadosos han corrompido y enturbiado toda la literatura de la Edad Media y aun de buena parte de la moderna. A tal extremo llegó la falsificación, que el honrado Herder ha podido decir que la veracidad cristiana merecía correr parejas con la fe púnica.

En España, dado los cauces por donde corría la vida nacional, el espíritu de mentira tomó proporciones colosales. La credulidad pública lo aceptaba todo, como halagase de algún modo las pasiones populares. Hubo hasta epidemias de profetas. Cierto arcediano de Segovia del siglo XVI creyó en la necesidad de escribir un tratado para distinguir la falsa y la verdadera profe.

cía. Los intereses terrenales se mezclaban a cada paso, para echar de su lado los provechos de esas falsificaciones. Fábula hubo, como la de la batalla de Clavijo, que costó pagar pechos por algunas centurias. Pero, en realidad, las más aparatosas fábricas se levantaron siempre sobre la ignorancia general, que se sentía desvanecida contemplando detrás las grandezas que no tenía delante. La imaginación española llegó, como Ulises, a creer en las ficciones que ella misma tegía. Y con este alimento se ha ido manteniendo hasta los tristes días actualos.

No negaré que la fantasía puede dibujar magníficas maravillas en los celajes nacarados que flotan sobre el remoto horizonte: *splendide mendax*. Pero ¡ay de los pueblos que alzan la vista a las nubes, y no miran a la tierra!

DISCURSO DE RECEPCION

COMO MIEMBRO DE NÚMERO DE LA SECCIÓN DE LITERATURA, DE LA ACADEMIA N. DE ARTES Y LETRAS DE LA HABANA

SEÑORES. ACADÉMICOS:

En momentos bien oscuros y dolorosos me veo obligado a dirigirme a vosotros. Pero me habéis honrado, llamándome a vuestro seno; y no me es posible dejar de corresponder a lo que me impone la gratitud y a lo que demandan los estatutos.

Bien quisiera creer que es obra de los años, de mi edad que me ha hecho más susceptible por los dolores de la experiencia, el sentimiento de horror que me embarga ante el espectáculo estupendo del mundo en guerra. Pero sería desestimar la sensibilidad y desconocer la potencia de previsión de los demás, suponerlos siquiera más indiferentes a los males que presenciamos y de cuyos terribles efectos distamos mucho de estar exentos.

Nunca, ciertamente, había caído sobre los hombres calamidad más completa. Las naciones más cultas, ricas y poderosas de Europa y sus inmensos imperios coloniales en ambos hemisferios, el Japón, todavía para nosotros tierra casi incógnita y nuestro más próximo vecino México, se despedazan y hacen crugir hasta los cimientos la enorme estructura gigantesca de la civilización coetánea. Cuanto amamos, cuanto nos inspiraba confianza en el saber y la industria humanos, cuanto alentaba nuestras esperanzas de ir cada vez más adelante y con rapidez centuplicada en la conquista de la naturaleza, y, sobre todo y ante todo, el sentimiento de la confraternidad de los espíritus superiores, destinado a caer en lluvia benéfica sobre los demás hombres, todo se estremece y bambolea al estruendo de los morteros ciclópeos, a la luz fatídica de los incendios, a la visión apocalíptica de las máquinas de muerte que surcan los aires, que van por los mares o que se escurren sigilosamente bajo su traidora superficie, para sacudir a su paso ruinas y cadáveres.

Dura prueba, para los espíritus reflexivos y madurados por la experiencia de la vida, esta inaudita conflagración. Dura, porque nos presenta los resultados más estupendos de la ciencia aplicada puestos al servicio de una obra insensata de destrucción; más dura aún, porque nos hace asistir a la resurrección de sentimien-

tos que podríamos creer enterrados para siempre con las edades en que eran predominantes. Cuando los sabios se han visto obligados a cohonestarla, nos dan por única disculpa el antagonismo de razas, germanos contra eslavos. Lo que quiere decir que se evoca un mito, el de la raza, para disculpar el odio, o el miedo que es en el fondo lo mismo, de pueblo a pueblo. Porque no es difícil observar que hay provincies eslavas en el imperio alemán, y que millones de eslavos, muchos de ellos fieles súbditos y conscientes y voluntarios partícipes del estado, forman la mayoría del imperio austro-húngaro.

Y no porque se haya bebido a grandes sorbos el licor amargo de las desilusiones, deja el hombre de contemplar con melancolía el derrumbe de lo que juzgaba sólida conquista de la humana labor. Luchamos, aún sin saberlo, por mantenernos a flote en este mar tormentoso del desencanto, y nos obstinamos en conservar siquiera la fe en las fuerzas del corazón y de la mente, empeñadas en mejorar las condiciones de la vida.

Ante las exigencias de la estrategia, por necesidades del ataque o la defensa, hombres civilizados hacen tabla rasa de obras de las más refinadas del arte, testigos mudos y elocuentes de los esfuerzos y de la potencia del espíritu de nuestros predecesores. Descarga la metralla sobre el recinto de las universidades: y se hunden bajo los escombros los aparatos científicos y se

ahuyentan sobrecogidos los que los manejan, o se les retiene aprisionados. Pueblos enteros son raídos de la superficie de la tierra, y millones de seres humanos, laboriosos, activos, infatigables en su lucha de progreso y civilización quedan convertidos en piaras humanas sin abrigo, desnudas y hambrientas. La humana piedad de gente remota tiene que acudir, sin saber si ha de conseguirlo, a ampararlos, a disputárselos a la más espantosa de las muertes.

Pone espanto el pensar en que la más sólida conquista del espíritu humano, durante su obstinada labor de siglos, la ciencia, sea la principal colaboradora de esta obra nefanda, Su fin primordial, nacido de la necesidad que la amamantó a sus pechos, ha sido ayudar al hombre a emanciparse de los riesgos con que lo amagaba la omnipotencia de la naturaleza circustante y a librarse de los tormentos infinitos de su espíritu poseído por los terribles fantasmas que lo asediaban y lo paralizaban o lo empujaban a acciones insen, satas. Su fin era por tanto defenderlo, sosegarlo, hacerlo cada día más libre. Y la vemos con dolor convertida en elemento fulminante de ruina, y volverse con furia contra sí misma, poblando de horrores la mente esclavizada. Orestes entregado de nuevo a las Euménides que había logrado auyentar.

A la vez, si volvemos los ojos al campo de las letras, a la región de las artes, eternas consola-

doras y alentadoras del ánimo sobrecogido, perenne estímulo para la voluntad enflaquecida o vacilante, nos sorprende el silencio mortal en que yacen, o nos lastiman el lamento desgarrador o la tremenda imprecación de que se hacen eco. Cuando no viene a sumirnos en amarga estupefacción la sangrienta saturnal a que se entrega en algunas de sus manifestaciones más populares, como en la caricatura. Ninguno de los sentimientos alentadores, ninguna de las emociones que dan temple al ánimo y lo ennoblecen se abren paso y adquieren la expresión correspondiente a la sublimidad de esta tragedia colosal. No se descubren los videntes, ni surgen los vates que profieran las voces necesarias, las que confortan, cuando todo vacila y parece desplomarse la razón de la existencia.

Poco importa que conozcamos, por la reflexión sobre lo pasado, las causas del fenómeno doloroso. No por eso es menos doloroso. Hasta ahora la explicación del motivo no ha sido de por sí el remedio del mal. Toca sólo a los espectadores estremecidos, aunque se encuentren en segundo término, dolerse con honda amargura de todos y cada uno de los lastimosos episodios de esta universal calamidad, tan próxima ya a ser universal catástrofe.

Y tanto más nos toca a nosotros, cuanto que no nos faltan en nuestro propio campo, en nuestra patria, razones bien visibles de sobresalto y

temor más que justificado. Un sentimiento, ahora de congoja, es el que me domina, al fijar los ojos en los amenazadores síntomas de la descomposición política de Cuba.

No creo que nadie pueda pensar que voy a prevalerme de este acto, tan serio para mí, tan importante para las personas a quienes en primer término me dirijo, para enzarzarme en las espinas de los reproches cotidianos de los partidos. Miro a más, y anhelo llegar más hondo. Miro a la patria, y me pregunto con zozobra si la estamos fortaleciendo, o si estamos empeñados, aún sin saberlo, en derruirla; si nos damos cuenta de que aún no ha terminado la dura labor previa de constituirla, según demandan las exigencias de la época que alcanzamos, y las peculiares dificultades que nuestra composición social nos presenta, o si nos creemos ya sobre terreno limpio y firme, donde nos podemos entregar sin riesgo inmediato a juegos de azar y habilidad con el porvenir.

Y precisamente a los que están encargados de representar por medio de signos verbales o de signos visibles la vida que los rodea y les impresiona, a los literatos y artistas toca muy de cerca e interesa muy mucho estar bien penetrados del estado y alcance de esos premiosos problemas.

En estos mismos días, no ha cesado aún por completo el período más importante, por su sig-

nificación y consecuencias, de los que imponen sucesivamente a la actividad del ciudadano los deberes de su función pública. Acabamos, es decir, se acaban de celebrar elecciones. Aún se realizan sus últimas operaciones. El pueblo de Cuba, el de los tremendos sacrificios de medio siglo por la independencia de la patria, ha sido llamado a designar los hombres en quienes deposita su confianza para darle leyes, esto es, para señalarle los rumbos que debe seguir. Apenas han transcurrido quince años desde que puede realizarlo. ¿Qué espectáculo hemos presenciado? Sonroja el recordarlo. El pueblo holgaba lejos de los colegios electorales o los designaba con sonrisa burlona e indiferente. Buscaba con mirada entristecida la valla de gallos clausurada o la taberna difícilmente entreabierta. En los círculos privilegiados se jugaba no muy a escondidas. En los lugares de votación se jugaba sin rebozo con la honra, con la seguridad, con el porvenir de la patria. Corrían el oro, los billetes, los cheques, hasta nombramientos en blanco para ir a formar parte de los conmilitones de nuestra renta por excelencia, de la renta, de nuestros establos de Augías. El sufragio universal cubano nada tenía ya que echar en cara al sufragio más que restringido de aquella Gran Bretaña de las «circunscripciones podridas». Los tigres de Tammany Hall huían avergonzados en plena derrota.

Si los enemigos actuales del parlamentaris-

mo quieren argumentos, aquí pueden venir a buscarlos copiosos y decisivos. Esto es lo que hemos hecho en poco más de una década de la institución porque han luchado y sangrado un siglo las naciones de Europa y América.

Necesario de toda necesidad es que nos demos cuenta de que un mal, que sale así a la superficie, con tan señalados y amenazadores caracteres, está denunciando dolencia muy honda y arraigada. La turbia corriente viene de lo profundo ya revuelta con toda suerte de impuras escorias. Nuestro triste pasado se ha erguido de súbito, para lanzarnos al rostro que en vano hemos pugnado, nos hemos esforzado y hemos sangrado tanto. La generación de cubanos que nos precedieron y que tan grandes fueron en la hora del sacrificio, podrá mirarnos con asombro y lástima, y preguntarse estupefacta si éste es el resultado de su obra, de la obra en que puso su corazón y su vida. El monstruo que pensaba haber domeñado resucita. La sierpe de la fábula vuelve a reunir los fragmentos monstruosos que los tajos del héroe habían separado. Cuba republicana parece hermana gemela de Cuba Colonial.

¿Cuál de los males públicos que denunciábamos con indignación no se ha reproducido? Han vuelto al asalto de la administración pública la incompetencia, el favor, el nepotismo y la corrupción. Hay quienes resisten, pero hay quienes fla-

quean y quienes se rinden. Hemos envenenado la fuente misma en que debíamos beber la salud. Se pone la pequeña administración de la justicia, que está más en contacto cotidiano con el pueblo, en manos que entorpece la ignorancia, cuando no las tuerce el interés. Se proclama la intangibilidad de lo mal adquirido. Y así se emponzoña la conciencia pública, porque se nos hace desconfiar del esfuerzo, del trabajo; y pone sobre el pavés al afortunado, cualquiera que haya sido el origen de su fortuna, la vara de Midas que ha hecho brotar su corriente de oro. Ya no hay necesidad de aguardar la nave que nos llevará a tierra distante con nuestras arcas repletas. En los lugares más pintorescos de los alrededores o en el corazón mismo de la ciudad bulliciosa se levantan los palacios de aquellos a quienes la suerte pródiga ha mirado con ojos risueños y ha descubierto el secreto de la fortuna improvisada. El mísero sin pan los saluda con secreta envidia, y va a comprar la fracción de billete que le promete falazmente, por otro camino, la misma suerte deslumbrante. ¿Cómo podrá quejarse si le hemos devuelto la lotería?

Seguimos administrando la hacienda pública con los mismos procedimientos que aprendimos en el período que tanto abominábamos; son las mismas las fuentes a que pedimos los ingresos, y el despilfarro ha adquirido la nobleza de una teoría del bien público, aplicada a sabiendas y

pregonada como excelsa panacea. Sólo en esto hemos progresado. No son parásitos forasteros, son parásitos indígenas los que amamantamos al seno ubérrimo del tesoro nacional, y estos parásitos se llaman legión.

Como si nos empujara demencia suicida, hemos ido socavando uno y otro día, con la tenacidad del que realiza una obra vital, los cimientos en que se afianza la dispensación de la justicia. Hemos, a despecho de jueces rectos y bien intencionados, destruído la eficacia de sus sentencias y convertido el Código Penal en simple espantajo de los pobres de espíritu. Unas veces por servir a corredores interesados, otras por corresponder a mal llamados servicios políticos, otras por mal dirigida conmiseración, se abren las puertas de las prisiones, se abrevia la duración de las penas, y no hay consejo de secretarios del Despacho, sin que al día subsecuente se publique la interminable lista de los indultos. Noble virtud es la piedad, digno de un gobierno justo reconocer la fabilidad de los juicios humanos, necesario evitar y reparar los males que sin derecho hayan podido causarse, al velar por la seguridad pública; pero no seguimos a este respecto el mejor camino, ni siquiera el bueno. Nos depeñamos a destajo por el más peligroso de los derriscaderos.

Como no hay forma de gobierno que no presente lamentables deficiencias, como es mucho

más fácil teorizar sobre la manera de regirse los hombres, que realizar siquiera un mediano concierto en la vida colectiva, claro está que no pretendo que nuestras instituciones hayan escapado a esa dura realidad, al pasar de la mente de sus fundadores a los vaivenes y sacudidas de la práctica cotidiana. Pero sí debemos señalar las desviaciones en que influyen las tendencias hereditarias, el influjo aun inconsciente, de la imitación, las solicitaciones de las flaquezas del carácter. Gobernar es vigilar para que se cumplan las leyes, y es suministrar los medios de que se cumplan. Prever lo posible para llegar a lo mejor, y procurar la manera de que se llegue sin sacudidas ni tropiezos. Nuestra constitución implica que el gobernante deba su elección a un partido, pero el partido no debe ignorar que lo ha colocado no a su frente, si no al frente de la nación. Al frente para que dé testimonio de ella ante los extraños, para que la represente y sea como su encarnación tangible, en sus discursos y en sus actos.

Tampoco debe el que gobierna olvidar ni por sí, ni por lo que son sus inmediatos instrumentos, que ha de dejar a otros órganos de la vida política el cuidado de la manera como la realizan. Una Secretaría no debe jamás, por buenas y rectas que sean las intenciones del que la ocupa, convertirse en comité. Si así lo hace, aún sin quererlo, corrompe las aguas que en torno suyo fluyen.

Como en el viejo mito, éstas en vez de templar petrifican lo que tocan.

No queramos, por otro lado, los que componemos la masa de los ciudadanos, sacudirnos de nuestra porción de responsabilidad. No hagamos del gobernante un día nuestro ídolo, para incensarlo con fáciles encomios, y al otro burladero, tras el que pretendemos ocultar nuestra cobardía o nuestra incompetencia. Los males públicos son la obra de todos. En esta forzosa colaboración entra la parte principal que toca a los que están incesantemente en contacto con la sensibilidad pública, la que toca a los literatos y a los artistas.

En la esfera social no está todo perdido, mientras brilla a lo lejos y en lo alto el resplandor de un ideal. Vamos, aunque no queramos, aunque no nos demos cuenta de ello, describiendo una espiral inmensa. Nos cercan a veces las tinieblas, a veces el crepúsculo; pero aún alentamos, si la esperanza de lo mejor nos llama y nos conjura. Esas vislumbres son vagas y fugitivas, esas voces son inciertas y misteriosas. Dichosos o menos infortunados los zahoríes que ven o presienten, y tienen signos para revelarnos sus visiones gloriosas. Uno de los grandes artífices de la palabra en nuestros días, Romain Rolland, ha dicho que el papel del artista consiste en crear sol, cuando no lo hay. Esa es vuestra noble tarea.

Pero no hay que clamar por la luz, como el

glorioso poeta alemán, a la hora de la muerte. En mitad de la vida, y cuando llegan los sombríos momentos de prueba, como los que he bosquejado, corresponde a los que conocen el camino para hablar a las almas presentarse ante todos con sus evocaciones poderosas.

El arte no debe mirar hacia atrás, sino para comparar las dificultades vencidas y las que tiene que vencer, para descubrir los medios que pusieron en juego sus nobles antecesores y adaptarlos y mejorarlos. Para aprender como se hace algo superior; nunca para imitar. La imitación es procedimiento de escuela y de taller, quiero decir, de aprendizaje. Es un procedimiento, un paso, un escalón. Hay quienes no van más allá. Son eternos aprendices, no artistas. Su número es infinito, su papel estimable. Pero no es de ellos de los que tratamos. El peso ponderoso es para los hombros robustos. Atlas o San Cristóbal, se necesitan fuerzas de cíclope para levantar el mundo.

El arte no debe encerrarse en círculos cerrados y estrechos, no debe emparedarse en conventículos. Buenas son las academias, si tienen muchas puertas, y si a ellas conducen y de ellas parten muchas avenidas. Nada de Tebaidas misteriosas. No hay que soñar con abadías de Telemo repuestas y sombreadas por encinas seculares. El lugar del poeta, del pintor, del escultor, del músico, está en la plaza pública. El teatro de

los helenos era también un hipódromo, y sus hipódromos requerían el concurso de muchas artes.

Debe el artista mirar hacia adelante; pero con ojos humanos. Hasta donde alcanza la visión normal. No hay que ir a dar de bruces contra esas quimeras que se han llamado música del porvenir o arte de pasado mañana. No se vive sino en el presente; y enorme esfuerzo se necesita para vivir con plenitud de vida en el presente. El día que fluye, que se escapa, ese es el que hay que vivir, artistas; porque ese es el que hay que hacer vivir de un modó mejor, superior, a la multitud indiferente, que debéis enseñar a sentir, a comprender, a idealizar.

Así se obedece a la ley exigente e imperiosa de la necesidad. Y mejor, mucho mejor resulta obedecer a sabiendas, que someterse de manera inconsciente. Estamos en este día, en este momento, en este instante, y no podemos dejar de estarlo. La emoción que nos posee, el pensamiento que de ella depende y la traduce han nacido de todo ese mundo ambiente de pasiones que se entrechocan y de conceptos, que nos forjamos la ilusión de que las dirigen. El rumor millares de veces repercutido de esas batallas que están durando meses y arrasando naciones, llega hasta aquí y nos envuelve ahora. La vibración profunda y dolorosa de nuestras dolencias nacionales de la hora actual habla en el fondo de nosotros y nos

roba la tranquilidad en esta fiesta de soñado esparcimiento del espíritu.

Hay más aún. Creemos buscar un refugio a la obsesión de lo actual en las creaciones sorprendentes de lo pasado, en los productos del arte de los que nos precedieron. Vamos a alentar con ellos, a gozar o padecer con ellos. Vamos a ser helenos con las epopeyas homéricas, a ser romanos con las sátiras de Juvenal, o italianos con las visiones dantescas, o ingleses del renacimiento con el proteico Shakespeare, o españoles del tiempo de los Felipe con la ironía serena de Cervantes, o alemanes del *Aufklaerung* con la anchurosa y profunda vena de Goethe, o franceses del siglo de las luces a los soplos fecundantes de los cuatro vientos del espíritu del padre Hugo. Beatífica ilusión. Eruditos o no, leemos el ciclo homérico con los ojos y la mentalidad de hombres del siglo veinte, y lo traducimos y no podemos dejar de traducirlo al lenguaje de nuestras emociones. Y exactamente nos ocurre lo mismo con todas y cada una de las obras maestras que nos han legado los antecesores. Por eso se llaman legión los que los han comentado, y pudieran llamarse legiones, según el ardor y a veces el encono con que se han combatido. Y por eso podemos confesar, aunque bajemos la voz, que no todos, ¡oh, no todos! encontramos en cada una de ellas la honda fuente de interés y de simpatía que nos habíamos prometido. «Die Zeiten der Vergan-

genheit—Sind uns ein Buch mit sieben Siegeln». Los tiempos pasados son para nosotros un libro con siete sellos, decía al pobre pedantesco Wagner la desengañada ciencia de Fausto.

¡El libro de los siete sellos! Dejemos, dejemos ese intrincado apocalipsis de lo que fué. Nos llama otro mar no menos encrespado, pero cuyas tempestades conocemos y cuyas corrientes podemos predecir a donde nos llevan. Procuremos sondearlo y saber con certeza la dirección de los vientos que lo agitan, para que las cartas que de él tracemos aprovechen a todos los que a la par de nosotros y por fuerza lo navegan.

Se ha dicho y repetido que estamos en un período de transición, aunque lo cierto es que la humanidad realmente se halla en transición perpetua. Lo que esto en verdad significa es que nuestra época, como cada una de las pasadas, pero más premiosamente, porque hemos duplicado la velocidad adquirida, tiene sus exigencias, en la forma de modificaciones sociales que hay que introducir y de conflictos que les están aparejados y que hay que resolver.

Permitidme, para despedirnos, señalar algunos.

Transformadas, al conjuro de la ciencia, las condiciones de la vida material, cada día son mayores, y tienen que serlo, las aspiraciones morales de más grande número de hombres. Son muchos, son innumerables, los que aspiran a más,

porque ya saben que respiran y cómo respiran, diré, alterando un tanto el aforismo célebre de un sabio cubano. Cualesquiera que sean nuestras opiniones personales acerca de la solución mejor para las reivindicaciones socialistas, hay que buscarla, desechando mucho rezago inservible de las organizaciones pasadas, mejorando los ensayos plausibles que se han aplicado, legislando, sobre todo, como quien trabaja para preparar la necesaria labor de mañana, y no para sostener la ya hoy inútil labor de lo que dejamos a la espalda. Lo que fué debe servir de lección y ejemplo, para sustituirlo convenientemente; de boya que avisa el escollo donde pudimos haber zozobrado. Hay por lo menos que levantar el faro, sólido y alteroso, que nos alumbre el camino incierto y que sea el ojo que se enciende para sondear las tinieblas del porvenir.

El espíritu a las veces paradógico, pero singularmente lúcido y profundo de Nietzsche ha aseverado que, con una educación adecuada, durante siglos, se podrá hacer de las mujeres lo que se quiera, hasta hombres; pero que, entre tanto, merced a su creciente influencia, atravesaremos un período de transición singularmente borrascoso. No hay manera de evitarlo. Hay que disponer nuestro espíritu a la más difícil de las adaptaciones, a la adaptación inestable y a sabiendas inestable. Hemos de realizar múltiples ensayos, y de presenciar y sufrir no pocas conmociones

desde las provocadas por la perversidad infantil de las feministas del tipo inglés, hasta las mucho más serias y más hondas de las organizaciones de las mujeres norteamericanas. Pero sobre todas se impone esta convicción, que el círculo de hierro y de fuego en que había pretendido el hombre encerrar a la que llamaba con inconsciente hipocresía su compañera, se ha roto para siempre. La más quimérica de las empresas sería tratar de soldarlo, en cualquier forma. Hay algo ya definitivo y de incalculables consecuencias: la emancipación del espíritu de la mujer. Despidámonos, no sin cierta melancolía, de la Eva bíblica, y demos otra significación mucho más honda al eterno femenino del poeta.

No menos grave es la crisis en que se encuentra otra de nuestras ideas más caras, y, fijémonos bien, de las mas recientes: la de la paz universal! No quiero decir con esto que sus adeptos no hayan sido elocuentes, ni hayan aportado al debate argumentos fútiles, ni dejen, ¡tremenda ironía! de tener la razón, toda la razón de su parte. Sólo quiero significar que el desatado huracán de pasiones homicidas que hoy azota al mundo, ha de dejar en pos de sí, motivo sobrado hay para temerlo, tal reato de temores, de zozobras y de odio, que ha de serles a éstos fácil envolverse en el manto de la prudencia y la previsión, para mantener en las manos de los pueblos las armas formidables de defensa y ofensa, con que

hoy se aniquilan. Moloch tal vez se disfrace, pero esconderá bajo los anchos pliegues de su nueva toga la bomba de melinita.

No, no ha de faltar a los artistas conscientes de su permanente y benéfica influencia campo sin límites donde ejercerla. El mayor peligro para ellos nace de la riqueza de elementos que se les viene a las manos. En su horno fulgurante, como en el del gran artista que dió forma al Perseo, se han de acumular los más varios y hasta los más extraños elementos, oro y plata y estaño. ¿Quién dijo miedo? Adelante.

Aquí, sobre mi mesa de trabajo, tengo una famosa escultura: la victoria de Samotracia. Ha perdido un fragmento. No importa. Todo su cuerpo nervioso y musculoso avanza, se precipita con ímpetu irresistible; la túnica se le adhiere a los miembros resistentes y un viento de tempestad la agita y parece trazarle una estela; sus alas aquilinas están totalmente desplegadas, Vuela ¿a dónde? ¿Quién lo sabe? De todos modos, a conquistar lo futuro que le tiende los brazos.

Vedado, 12 de noviembre de 1914.

INDICE.

	Págs.
Preliminar	3
El arte del Reclamo	11
El amor tardío	16
Rostand en la academia	21
Mi primer contacto con la injusticia	26
Una lección de la Guerra	30
Un Poeta del Ghetto	35
El Padre Juanín	40
Paredes de cristal	43
Como Byron	51
Otra, otra infortunada	57
Splendide Mendax	62
Discurso de Recepción en la Academia de Artes y Letras	67

Esta publicación se complace en establecer el canje con toda clase de revistas, periódicos, etc., nacionales y extranjeros.

Su Sección Bibliográfica se ocupará en todas las obras que se le remitan, reproduciendo también notas críticas, apreciaciones literarias, etc., sobre libros de actualidad y de interés general.

APARTADO POSTAL 4527

MÉXICO, D. F.

OBRAS DE JOSE ENRIQUE RODO

De Venta en la AGENCIA HISPANIA.

ARIEL.—Ultima edición uruguaya con retrato del autor.....	$ 1.00
BOLIVAR.—Un folleto. (De la Colección Ariel)	,, 0.50
CINCO ENSAYOS.—Un volumen de 416 páginas. (De la Biblioteca Andrés Bello)	,, 2.00
EL MIRADOR DE PROSPERO.—Un grueso volumen de 574 páginas.....	,, 4.00

Dirijanse los pedidos a J. L. Méndez.

Apartado Postal 1912. México, D. F.

Publicaciones y libros en general, especialmente latinoamericanos. Ultimas novedades literarias.

EDICIONES PORRUA

AUTORES MEXICANOS CONTEMPORÁNEOS

ESQUINA RELOJ Y DONDELES

NUMEROS PUBLICADOS DE «CULTURA».

Primer Volumen.

1º Cuentos y Semanas Alegres, de *Angel de Campo* (Micrós), con prólogo de Luis G. Urbina.
2º Escritos de *José Enrique Rodó*, con un estudio de Pedro Henríquez Ureña.
3º Cuentos de *Manuel Gutiérrez Nájera* (El Duque Job), con una [illegible] primeras palabras de Margarita Gutiérrez Nájera.
4º "El Pájaro Azul," de *Mauricio Maeterlinck*, traducido por Roberto Brenes Mesén y con ilustraciones de Saturnino Herrán.
5º Conclusión de "El Pájaro Azul", con ilustraciones de Saturnino Herrán.
6º Poesías selectas de *Sor Juana Inés de la Cruz*, con un estudio de Manuel Toussaint.

Segundo Volumen.

1º Versos selectos de *Rubén Darío*. Carátula de S. Herrán.
2º Prosas de *Ignacio M. Altamirano*
3º Cuentos de *Andersen*.
4º Poemas escogidos de *Manuel José Othón* ilustradas por *Julio Ruelas*.
5º Escritos de *Enrique José Varona*. (Selección del autor) con prólogo de *Antonio Caso*.

Pedidos de todos los números al

APARTADO POSTAL 4527. MEXICO, D. F.

CVLTVRA

GUILLERMO PRIETO

OMO III MEXICO NUM 3

CULTURA

SELECCION DE BUENOS AUTORES ANTIGUOS Y MODERNOS

DIRECTORES:

AGUSTIN LOERA Y CHAVEZ Y JULIO TORRI

Asegurada la propiedad literaria de la Selección.
Registrada como artículo de 2ª clase.

Los siguientes números contendrán:

«Leopoldo Lugones.», selección y estudio de Antonio Castro

«Justo Sierra», selección y estudio de A. Loera y Chávez

«D'Annunzzio», traducción y estudio de C. González Peña.

"Salomé" de Oscar Wilde. traducción de Efrén Rebolledo.

«Juan Ruiz de Alarcón», selección y estudio de Julio Jiménez Rueda.

Escritos de D. Rafael de Altamira, selección del autor.

Prosas de la Condesa de Pardo Bazán, selección de la autora.

Estudios Musicales de Manuel M. Ponce.

PRECIO:

En toda la República: $0.25 oro nacional.

En el extranjero: 0 15 oro.

Subscripciones: { Por 3 meses 1.30 oro nacional (sólo en la
„ 6 „ 2.50 „ „ Capital).

Todos los pedidos y subscripciones solicítense a "*Cultura*." *Apartado postal* 4527.

AGENTES GENERALES:

Administrador: Rodolfo Rojas, Apartado 4527.

Porrúa Hnos. Esquina Reloj y Donceles.

México, D. F.

La correspondencia diríjase al

APARTADO POSTAL 4527.—MÉXICO, D. F.